

DONDE NACE LA VOZ

Mercurio no es solo el planeta del pensamiento y la palabra. Es también el puente entre nuestro mundo interno y el externo, el que nos permite traducir lo que sentimos, lo que soñamos, lo que recordamos.

Cuando Mercurio está alineado con el corazón, nos volvemos canales de verdad. Cuando se pierde en el ego o en la mente herida, nos volvemos altavoces del miedo.

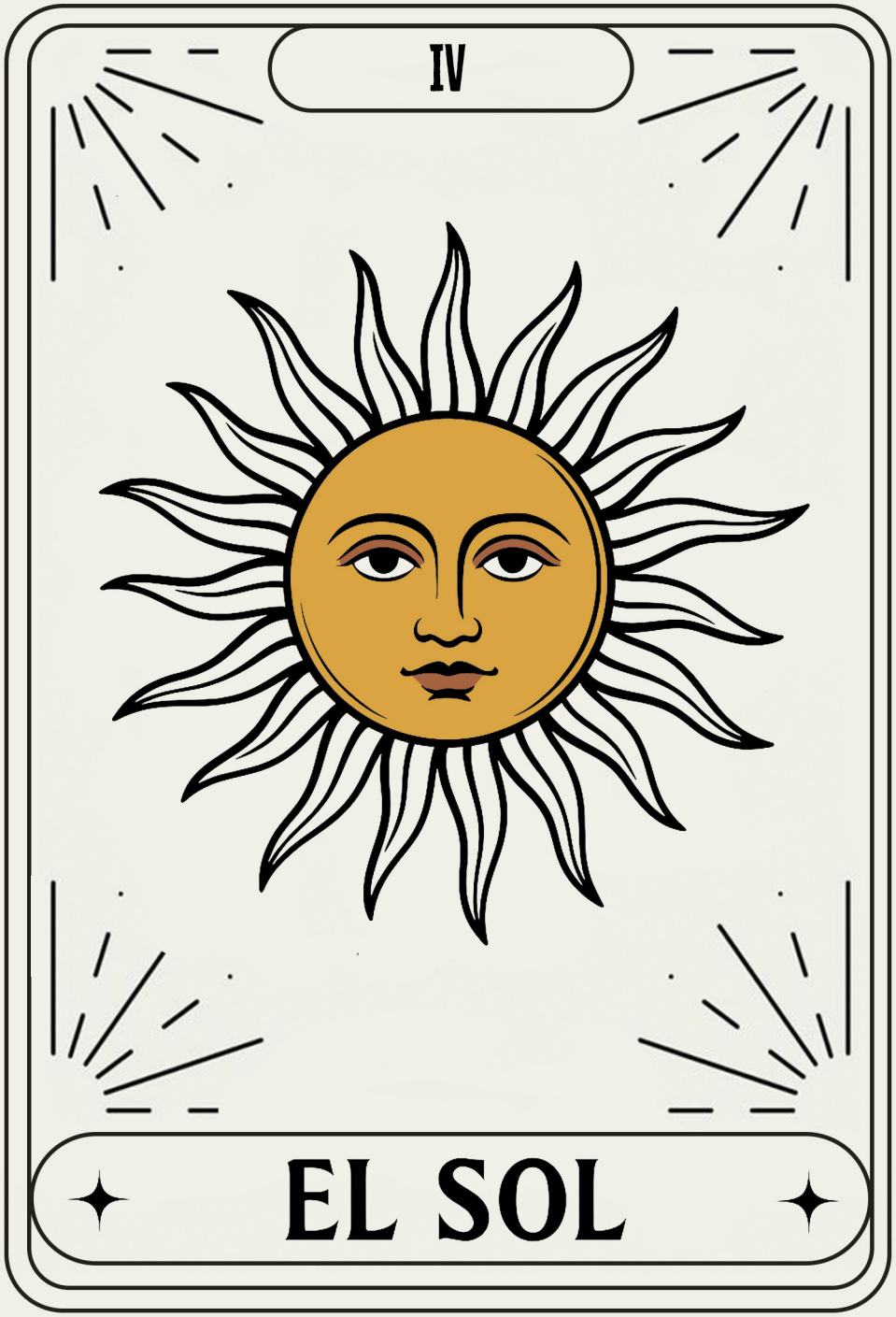
Usar la palabra con conciencia no es solo una cuestión espiritual, es también un acto de integridad. Porque la forma en que hablamos moldea la forma en que nos mostramos al mundo. Y más aún: define los límites entre lo que somos y lo que permitimos que otros proyecten en nosotras.

Por eso, nombrarse a una misma, decir lo que pensamos, poner palabras a lo que sentimos —aunque duela, aunque incomode— es un acto de soberanía.

La palabra persona proviene del latín per-sonare, que significa literalmente "sonar a través de". En sus orígenes, se usaba para nombrar la máscara que llevaban los actores en el teatro romano.

Y quizá seguimos haciendo lo mismo. Sonamos a través de máscaras: del personaje que nos inventamos, del discurso que repetimos, de las palabras que heredamos. Pero si no usamos bien nuestra voz, dejamos que sean otros quienes hablen por nosotras.

Las conversaciones incómodas también son medicina. Decir "esto no lo permito", "esto sí lo deseo", "esto me atraviesa"... es un modo de delinearnos. De existir.



EL SOL, IDENTIDAD, PADRE Y PROPÓSITO

En astrología, el Sol representa ese centro vital desde el cual irradiamos lo que somos. Es el arquetipo del padre, de la identidad que necesita afirmarse, del propósito que nos empuja a dejar huella. Nos enseña a pedalear sin miedo, a soñar en grande, a ocupar un lugar.

Gracias al ego nos diferenciamos, tomamos forma, nos defendemos del caos. Sin él no podríamos movernos, crear, existir en este plano físico. El ego es la piel del alma.

Lo que importa es qué hacemos con él. Si lo usamos como espejo o como máscara. Si lo dejamos crecer con humildad o lo alimentamos de superioridad. Porque al final, el ego también se cansa de sostener tantas certezas. Y en algún momento, cuando la vida nos detiene, empezamos a dudar. A mirar hacia adentro. A preguntarnos si esa identidad que tanto defendemos nos representa, o solo nos protege.

Ahí empieza el verdadero viaje del Sol: no brillar para impresionar, sino para iluminar desde la autenticidad. No ser el centro del mundo, sino un centro con el mundo.

Me di cuenta de que mi historia, con todas sus cicatrices, tenía sentido. Que cada persona, incluso las que me habían herido, formaban parte de mi evolución. Y entonces, entendí: "Puedo elegir recordar mi vida desde el dolor o desde el amor."

Elegí lo segundo.

Fue un acto profundamente sanador. La gratitud me devolvió la calma. Me ayudó a ver el pasado con nuevos ojos. No porque todo lo vivido fuera justo o fácil, sino porque todo me construyó.

Hoy creo firmemente que la gratitud transforma, no porque borre el dolor, sino porque lo transmuta en sabiduría.

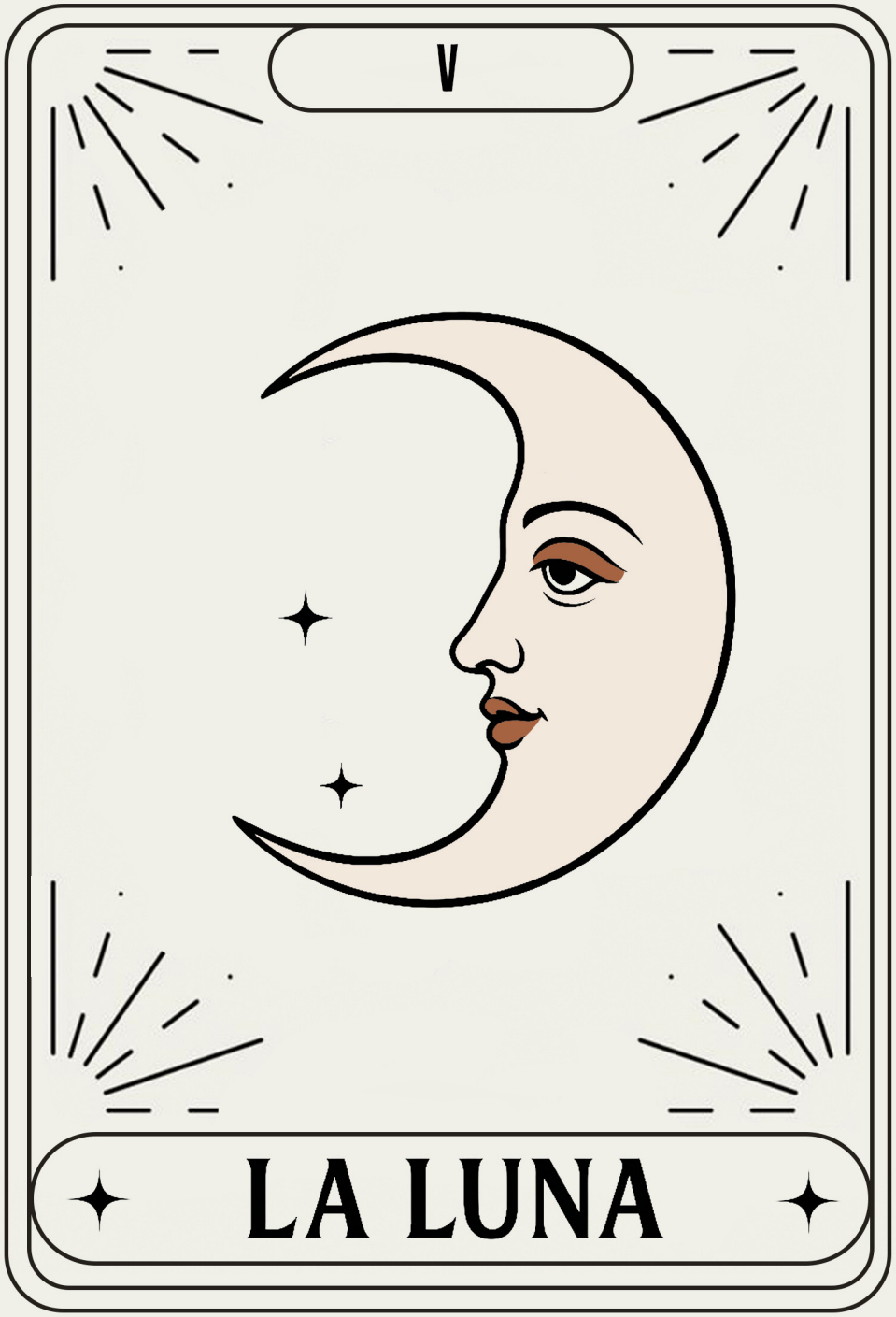
Ritual de gratitud

Si te resuena lo que acabas de leer, te invito a regalarte un momento de silencio. Coge papel y bolígrafo, enciende una vela si te apetece, y escribe sin juicios, desde el corazón. Empieza así:
"Gracias por..." Y deja que fluyan las palabras. No hace falta que sea perfecto, ni que lo entiendas todo ahora. Solo escribe. Deja que tu alma hable.

Si lo necesitas, aquí tienes algunas preguntas que pueden ayudarte a abrir la puerta:

- ¿A quién puedes agradecer hoy, aunque haya sido parte de un momento difícil?
- ¿Qué experiencia dura ha terminado enseñándote algo valioso?
- ¿Qué parte de ti ha crecido gracias a ese dolor que antes te parecía injusto?
- ¿Qué personas te han amado en silencio, sin que tú lo notaras en su momento?
- ¿Qué gesto, palabra o encuentro te devolvió la fe en ti, en otros o en la vida?
- ¿Por qué puedes darte las gracias a ti misma hoy?

"Quererse no es
dejar de tener heridas.
Es dejar de tenerles miedo."



LA LUNA, NUESTRA PRIMERA CASA

Todas venimos de una madre. No hay excepción en esta especie de mamíferos emocionales que somos. No hay vida humana sin una matriz que nos haya albergado, sin una piel que haya sido hogar, sin una voz que nos haya llamado —aunque fuera en silencio— a existir.

La Luna, en astrología, representa eso: el principio materno, nutricio, ancestral. Pero no es un símbolo cualquiera. Es el símbolo de todos los símbolos. La gran madre arquetípica, el útero universal, el reflejo del alma que late por debajo de nuestras decisiones conscientes. Es también la madre real, esa mujer concreta, imperfecta, luminosa y ausente al mismo tiempo, que un día nos sostuvo entre sus brazos… o no pudo hacerlo.

Nacer es un acto biológico. Pero ser tocadas, nutridas, sostenidas… es un acto espiritual. Somos mamíferos, y eso lo cambia todo: nacemos para ser amamantados, para ser mirados con ternura, para ser sostenidos en brazos cálidos. La teta, el olor, el contacto. Todo eso funda el mundo emocional. Cómo nos habló esa mujer, si nos abrazó al llorar, si puso nombre a lo que sentíamos… deja una marca en la forma en que hoy nos permitimos amar.

Y sin embargo, más allá de lo personal, hay algo sagrado en el gesto universal de maternar. Recuerdo de niña ver nacer a los potrillos. Ese instante me marcó para siempre. Ellos caían al mundo con fuerza, tambaleándose sobre sus patas recién creadas, y la madre, de pie, como si supiera. Como si oliera su fortaleza. No había drama, ni miedo, ni necesidad de intervenir. Solo vida entregándose a la vida. Ella se ofrecía a la existencia como una fuente inagotable, como un manantial silencioso del que todo brota y al que todo vuelve.

Hay textos que nacen de esa fe. Palabras que no se escriben desde la luz, sino desde la certeza de que incluso la oscuridad está al servicio de algo mayor. Este es uno de ellos:

Hoy he caído en la cuenta.
Y el resultado me ha dado cero.
Cero de nada o cero de todo.
Cero de vacío o cero de eternidad.
Contando las veces que he creído saber dónde iba, y las veces que me he sentido perdida.
Tengo historias en mí que harían temblar la tierra.
Hay tantos huracanes en mi interior que levantarían el polvo de los ríos más secos del mundo.
Mis momentos no son ni segundos ni horas, son rostros y nombres, son pasiones y luchas.
A veces he cogido plumas para escribir y he acabado tejiendo alas con ellas.
He levantado el vuelo y cuando más alto estaba, me dejaba caer,
chocando con los verdes campos de amapolas en primavera
o con el hielo más frío de las montañas nevadas.
Los golpes han sido secos y sordos.
Y volviendo a la posición erguida del homo sapiens,
me he arrodillado ante el paisaje que me rodeaba.
Yo, siendo más verde, más campo, más junco,
más agua que corre por el torrente de los valles.
Y así, sin cuerpo ni forma,
he sido siempre sonido que viaja por el viento,
con voces de otros tiempos,
con risas infinitas y llantos inconsolables,
viajo a través del aire,
el que me ha faltado cuando me ahogo
y el que me ha sobrado al echar de menos.
Hoy he caído en la cuenta de que yo no cuento hasta diez,
siempre cuento hasta cero.

Júpiter no está solo en los altares. Vive en esas historias que harían temblar la tierra. En cada ala que tejiste con una pluma de dolor. En cada paisaje que besaste después de estrellarte. Ahí también vive la espiritualidad, no en evitar el golpe, sino en volver a mirar el cielo mientras recoges tus

Júpiter no está solo en los altares. Vive en esas historias que harían temblar la tierra. En cada ala que tejiste con una pluma de dolor. En cada paisaje que besaste después de estrellarte. Ahí también vive la espiritualidad, no en evitar el golpe, sino en volver a mirar el cielo mientras recoges tus pedazos. Y confiar, siempre. Incluso si vuelves a contar desde cero.

Un alma cerca de las estrellas

Hay algo más que quiero contarte. Algo que no nació de un texto, sino de mi cuerpo, de mi historia.

Siempre he sentido que soy de otro lugar. Un sitio más cerca de las estrellas, donde la oscuridad no asusta y el silencio no pesa. Pero tuve que venir a este plano, a esta vida. Y sé que no fue casualidad, Júpiter ya estaba ahí, susurrándome desde antes.

Júpiter vive en mi ascendente Tauro. Él es la voz que me dijo al nacer: "Confía, estás en el lugar correcto. Con la familia correcta. No vas a nacer en una ambulancia."

Yo le creí. Aunque mi yaya dijera al verme: "Esta no es nuestra." Desde pequeña sentí que algo en mí era distinto. Cuando me asustaban la noche o el silencio, siempre aparecía algo interno, un consuelo sin forma, una fe que me ponía a rezar tres Padres Nuestros seguidos, casi como si meditara sin saberlo. Y así me calmaba.

Sabía que el cielo estaba conmigo, que la vida jugaba a mi favor, que nunca iba a estar sola, aunque nadie me abrazara.

A Júpiter le debo no haberme perdido en la niebla, no haber caído en una vida sin dirección, sin propósito. Siempre he creído —con la inocencia de una certeza muy antigua— que no puede ser que estemos aquí solo de paso, haciendo por hacer. No. Me niego. Me negué de niña. Me niego ahora.

Sigo teniendo miedo, sí. Miedo a lo terrenal, a que la vida se ponga triste, a perder lo que amo. A saber que un día no veré más a los seres que sostienen mi mundo. Y como es un miedo que nada puede calmar, vuelvo



CUANDO MARTE SE ESCONDE... NACE LA ANSIEDAD

La ansiedad no siempre es miedo. A veces es impulso contenido. A veces es una fuerza vital que olvidó hacia dónde iba.

Porque Marte es eso: el impulso de avanzar. La chispa que enciende el "voy a por ello", el "esto es lo que quiero", el "me defiendo porque valgo". Es un guerrero interno que nació para abrir caminos... pero que muchas veces acaba disfrazado de bufón.

Y así, en lugar de empujar la vida hacia adelante, ese Marte termina empujando hacia dentro. Lo que era impulso, se vuelve presión. Lo que era deseo, se vuelve ansiedad.

Porque cuando no nos atrevemos a habitar nuestra fuerza, el cuerpo encuentra otra forma de expresarla.